

Año: XXX, 1989 No. 683

N. D. Publicado en IDEAS DE LA LIBERTAD, abril de 1962, Buenos Aires, Argentina. El Sr. Reig fue conocido Empresario y Economista español; recibió un Doctorado h.c. de la Universidad Francisco Marroquín en 1975.

Las Revolución Industrial

Por Joaquín Reig Albiol

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, el sistema económico de producción sufre, en las Islas Británicas, un cambio profundo. Esta mutación, principio de la industrialización del Occidente europeo, ha recibido un nombre que todos conocen, pero que pocos interpretan, sin incurrir en graves errores: «revolución industrial». Sólo es posible llegar a un entendimiento correcto de los problemas modernos, partiendo de un concepto exacto, de un análisis desapasionado, de lo que fue y significó aquella resolución.

Por influencia de los Fabianos, de Marx y sus seguidores, de la Escuela Histórica de Prusia y el institucionalismo americano, ante el simple enunciado de la «revolución industrial», suele imaginarse un cuadro sombrío, un episodio decisivamente desgraciado en la evolución de la humanidad, que la mayoría de los autores explica, poco más o menos, así: **Antes de 1760 dicen el clima mortal era satisfactorio. Los labriegos vivían felices cultivando sus tierras y los artesanos, veían transcurrir los días, en paz, al frente de sus talleres.** Ambos gozaban de libertad e independencia económica, dentro de un orden que les permitía sentirse propietarios de sus campos y sus instrumentos de trabajo bajo el paternal tutelaje de los mejores. Pero, de pronto, **«cayó sobre ellos la revolución Industrial, como una guerra, como una plaga maldita».** La fábrica asegurase redujo al trabajador a evidente esclavitud rebajó su nivel de vida; hacinó a mujeres y niños en infectos telares y sórdidas minas; permitió, en fin, que una minoría sin escrúpulos impusiera servil yugo sobre la mayoría hasta entonces feliz y libre.

Pese a la indudable popularidad de tales afirmaciones, la verdad es muy otra. El drama de aquella época, contemplado con visión más limpia, consistía en que la organización económica derrocada por la revolución industrial carecía de elasticidad suficiente para atender las necesidades de una población en continuo crecimiento; en que los nuevos miembros de la comunidad para encontrar pan y trabajo, tropezaban con el doble obstáculo, casi inexpugnable, de la rígida distribución feudal de las tierras y el cerrado sistema laboral de los gremios; en que la vida mercantil, por último, era de lo más rudimentaria, enrarecido por monopolios y privilegios en donde cada negocio exigía el previo salvoconducto de una licencia o una patente, con la consiguiente eliminación de toda competencia.

A consecuencia de ello, sucedía que los descendientes de las prolíferas famas de la época, salvo el mayorazgo, en el mejor de los casos carecían de posible acomodo en aquella sociedad. Millares de ingleses no encontraban otra salida que alistarse en el Ejército o en la Royal Navy, donde morían o desaparecían, si antes no habían sucumbido por la bárbara disciplina, las enfermedades tropicales o la peste. **Muchedumbres de desheredados, vagabundos, pordioseros, prostitutas y**

salteadores infestaban los caminos, los campos y las ciudades. El hambre aumentaba y el problema devenía insoluble para los gobiernos.

En este ambiente, mucho menos feliz y bastante más desesperado de lo que suele creerse, comienza la revolución industrial. En lucha contra los intereses de los grupos privilegiados, contra la resistencia de los gremios, contra la animosidad de los poderosos y los prejuicios populares, aparecen las primeras industrias, se montan las primeras fábricas. El capital de aquellas empresas era escaso; el crédito resultaba difícil y caro; no había experiencia técnica ni comercial; las ganancias eran poco seguras y pérdidas importantes arruinaban a muchos nuevos empresarios. Tenían que transcurrir todavía varias décadas para que la reinversión de los beneficios permitiera la creación de capitales más sólidos.

Por estas razones y por otras derivadas de la pugna política contra los primeros empresarios industriales, las primitivas condiciones de trabajo resultaban **durísimas, comparadas con las actuales. Ahora bien, lo cierto es que los empresarios carecen de, todo poder coactivo para obligar a los trabajadores a enrolarse en las filas y que los salarios, aun siendo tan reducidos, representaban para aquellas masas de desheredados un ingreso mucho mayor del que en puesto alguno podían conseguir.** No se arrebató a las mujeres de sus hogares y a los niños de sus juegos. Las madres y sus hijos acudieron a las fábricas en demanda de trabajo para librarse del hambre, para salvarse, literalmente, de la muerte por inanición. Es deplorable, desde luego, que los hombres tuviesen que trabajar en condiciones tan duras **Pero una interpretación desapasionada de los hechos prohíbe ignorar, ni silenciar, los beneficios innumerables que, pese su mala fama, trajo consigo la revolución industrial, desde el primer momento, comparativamente a la situación, anterior, imponiendo el maquinismo, hecho que, por sí solo, bastaría para catalogar aquel fenómeno entre los movimientos más progresivos de la historia, al liberar los trabajadores, a los antiguos «siervos de la fatiga», del yugo del trabajo manual.**

Estas son ideas que conviene retener. La nueva era de riqueza y abundancia no aparecía por casualidad, porque hubiera surgido una nueva raza de hombres, más activos e ingeniosos; antes, al contrario, fue la tan motejada filosofía del «laissez faire» la palanca que abrió posibilidades impensadas a la humanidad.

Los pioneros del industrialismo triunfaron sobre el ambiente hostil, apoyados por las enseñanzas de los economistas, hoy llamados clásicos, que demolieron el prestigio del mercantilismo, paternalismo y restriccionismo, destruyendo, al paso, el supersticioso temor a la máquina, que ni producía desempleo ni empobrecía a la clase obrera.

Sin la preexistencia de aquel cuerpo de doctrina, la revolución industrial deviene impensable. La energía, la pasión por la aventura de los ingleses, las riquezas de su subsuelo, infecundas a lo largo de los siglos, de nada servían mientras no se permitiera la libre circulación de las mercancías; mientras la implantación de una industria precisara el previo «permiso» gremial o administrativo; mientras el comercio ultramarino estuviera canalizado, a través de casas de contratación, cupos y licencias;

mientras la posesión de la tierra fuera un privilegio; mientras la circulación del capital se viera mediatizada dentro y fuera de las fronteras políticas; mientras las prerrogativas reales impusieran un continuo envilecimiento de la moneda; mientras un permanente dirigismo perturbara el libre juego del mercado. Cuanto con mayor rigor se aplicaban aquellos principios, tanto más progresaba Inglaterra. **No fue la máquina de vapor la que hizo la revolución industrial, sino al revés. Los inventos y descubrimientos modernos fueron de posible aplicación y explotación precisamente porque habían previamente triunfado las enseñanzas de los economistas clásicos.** Y la experiencia confirma lo anterior: **tan pronto como en cualquier zona del mundo, pobre o rica, avanzada o retrasada; se implanta una economía de mercado, se reproduce, con todas sus consecuencias, la revolución industrial inglesa.**

Los gobiernos de la Gran Bretaña, aunque no veían con buenos ojos a la nueva clase de empresarios, tuvieron pronto que reconocer que las fábricas y las industrias les resolvían problemas anteriormente insolubles. Las masas de indigentes, gracias al proceso industrializador, pudieron pronto bastarse a sí mismas: los asilos, las casas de caridad y las cárceles se vaciaban; los empobrecidos mendigos se transformaban en vigorosos trabajadores, que podían atender sus necesidades y las de su familia.

Todavía hoy existen áreas enormes del globo el Oriente asiático, los países árabes, la Europa meridional, la América Latina que, **influidas sólo superficialmente por el moderno capitalismo**, presentan climas sociales y condiciones de trabajo iguales a las inglesas del siglo XVIII. Millones de seres humanos sucumbirán, en estos territorios, a causa de la pobreza, el hambre y las enfermedades. Su única salvación consiste en que no se entorpezca la fácil aparición de capitalistas y promotores libres. Pero hay dogmas económicos que desean ocultar el camino de la salvación, impidiendo el análisis eficaz para defender los intereses de determinados grupos. Esta intransigencia, que presume de progresiva y democrática, tiene condenados a millones de hombres desde los «coolíes» chinos a los «peones» mejicanos, pasando por los «fellah» musulmanes a la más abyecta pobreza. **La solución consiste en rehacer el camino de la Inglaterra decimonónica; abrir el país a la libre competencia, acabando con dirigismos y estériles proteccionismos.** Las primeras etapas, indudablemente, serán duras, pero no peores que las situaciones que aquellos pueblos, ahora, soportan; como sucedió a los ingleses, desde el inicio, todos gozarán de enormes ventajas, en comparación con la era anterior. No podrá, tal vez, el obrero indio o egipcio tener inmediatamente coche, a su disposición, como el americano; sin embargo, desde un principio se liberará del espectro del hambre, acabará con el tracoma, que ciega a sus hijos, vestirá y vivirá decentemente. Téngase presente, además, que el camino a recorrer es mucho más corto y llano que hace un siglo. Los enormes progresos económicos del Occidente han producido una ingente masa de capital, que acudirá, presuroso, a estas zonas retrasadas, en cuanto las condiciones locales lo permitan. Sirva la contemplación de la experiencia pasada de feliz augurio para los pueblos hoy sometidos al caciquismo de sus gobernantes y al pernicioso influjo de las organizaciones para estatales, sindicales o de cualquier orden.

«La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio,

de la navegación y de los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó, a su vez, en el auge de la industria, y a medida que se iban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, se desarrollaba la sociedad moderna multiplicando sus capitales y relegando a segundo término a todas las clases legadas por la Edad Media. La sociedad moderna, como vemos, es ya de por si fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambios.

La sociedad moderna ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario»

Karl Marx. 1948